

La desconocida riqueza arqueológica de San Vicente de Alcántara

No se han divulgado como merecen los valores arqueológicos que conserva el término municipal de San Vicente de Alcántara, la villa capitalidad extremeña del corcho, «oro pardo» de la zona cacereño-pacense-alcantarina.

En artículo que se nos publicó en estas páginas (tomo XXXVII, núm. III, de 1981) con el título de «Paralelismo histórico cacereño-pacense», hacíamos una breve reseña de esa arqueología que bien merece un exhaustivo estudio y sobre todo una más científica investigación.

Escribíamos en referido trabajo que las tierras que hoy son término municipal de San Vicente de Alcántara fueron en época remota, hace unos 350 millones de años, fondo marino como demostrábamos con los hallazgos de fósiles de animales que habitaron las aguas saladas, tales como los bilobites encontrados en la zona de Mayorga y de Rynchonellas, Tetraedras y Trilobites en las proximidades de este término (el de Valencia de Alcántara).

Después han surgido más pruebas que ratifican esa tesis; han sido el hallazgo de huellas, perfectamente conservadas en rocas de la zona de Villavieja, de la acción de litófagos (comedores de piedra) que fueron moluscos lamelibranchios (moluscos acéfalos para otros) del orden de los dimiarios, habitantes en el Terciario de fondos marinos, que horadaban las rocas para construir en ellas sus viviendas. La dimia era la más generalizada de esa especie de litófagos.

En esa zona de Villavieja hay rocas (en el alto de un cerro que

desciende hacia la Solana de Mayorga) que se conservan, como decimos, en perfecto estado, una muestra de esa erosión animal con perforaciones corriosas en laberinto, a modo de galerías en distintas direcciones, cual corresponde perfectamente al habitat de esos seres marinos mencionados.

Fueron, pues, fondo marino estas tierras sanvicenteñas hoy, pudiéndose calcular que las aguas del Océano Atlántico, introduciéndose por la ría de Lisboa, como lógicamente se deduce, fueron dueñas de estos terrenos desde 350 a 190 millones de años, basándonos en la cronología de la vida de esos seres marinos fosilizados.

Al emerger las tierras y hacer retroceder a las aguas, los terrenos quedaron formados por un afloramiento granítico que definió así el gran científico José Loutau y Gómez de Membrillera, catedrático de Ciencias y rector de la Universidad de Murcia.

«El afloramiento granítico se extiende desde las tierras portuguesas de Niza, Castelo Branco y Portalegre y en banda relativamente estrecha se adentra hacia España llegando hasta San Vicente de Alcántara y Alburquerque. Los terrenos del Norte de ese afloramiento son cámbricos, esquistosos, con crestas de cuarcita coronando sus relieves y con frecuentes venas y filones de cuarzo. Los situados al Sur son silúrgicos, pizarrosos y arcillosos. No sólo petrográficamente sino por su flora, se ve la gran diferencia. Grandes canchales graníticos con enormes bolas en bloques, cubiertos de líquenes y musgos, dan su tono al paisaje. Algunos granitos son sienitas cuarcíferas. *En pequeña proporción contienen un mineral de uranio, la torbemita o calcolita.* Con frecuencia, la caolinización le hace perder coherencia y se forma lo que se llama «sabio». Su descomposición da lugar a la tierra vegetal granítica, ácida, arenosa, permeable: tierra del castaño y del helecho común. La carretera de San Vicente de Alcántara corre toda ella por la zona de transición entre el granítico cámbrico y el granito silúrico. En estas tierras existen minerales de metamorfismo tales como el wolframio, la casiterita y las turmalinas negras.»

Añadía el Sr. Loutau que «esos enormes canchales hoy improductivos, en un porvenir lejano serán seguramente fuente inagotable de energía y riqueza.» Es un vaticinio que por proceder de tan docto intelecto queremos hacer constar.

Pues bien, a estos terrenos llegó también la vida humana. No

está clara la fecha de cuando fueron por primera vez habitados del hombre; hay que basarse para ello en los restos más antiguos que se conservan. Ellos son los dólmenes y los recintos megalíticos. Esos dólmenes o antas conservadas pertenecen a la Edad del Bronce I. Más o menos a unos 4.000 años de nosotros ya estaban habitadas estas tierras y bastante habitadas por cierto, pues son numerosos los restos de esa época que luego enumeraremos.

Antes hay que llamar la atención sobre esos grandes bloques graníticos que abundan en estos terrenos dando carácter al paisaje. De ellos destacan las llamadas «rocas caballerías», gigantes bien aisladas, por casi nada sujetas, cuya forma la atribuyen una mayoría de arqueólogos a las erosiones, como también atribuyen a esos elementos erosivos las figuras caprichosas que ofrecen otras rocas poco estudiadas. Es curioso que se den entre unas y otras cierta similitud en la forma. ¿Podría la erosión hacer figuras semejantes o parecidas como si actuara con un cincel?

Algunas de esas erosiones, por seguir a la mayoría, dejaron representaciones semejantes a cabezas y cuerpos de animales (algo así como totem o ídolos) que se repiten con mucha semejanza.

Sin dejarnos influenciar por la fantasía: ¿Podrían tanto esas grandes bolas como esas otras rocas ser obras de la mano del hombre paleolítico? Es sólo una hipótesis y así la quedamos.

Lo seguro es, como antes decimos, la comprobación a través de los restos que se conservan de que en la Edad del Bronce I había población y muy numerosa en el término sanvicenteño.

Villavieja, La Solana de Mayorga, El Terrón y El Jardinero (estos dos últimos a dos pasos del término de San Vicente de Alcántara), que sepamos por ahora, conservan recintos prehistóricos y numerosos restos, tales como molinos de mano, hachas de piedra, fragmentos de vasijas y cerámica tosca en abundancia.

Los principales dólmenes son: El de Corte Grande en el Torrico de San Pedro, el de El Alcornocón, Toriles de Daniel Camello (de éste sólo se conserva una de las losas verticales), los de Piedra Buena y Mayorga, el del Cancho del Peligro, el del Arroyo Cangirón y el Anta de la Marquesa; éste es un monumento impresionante y de gran belleza, por sus grandes proporciones.

Estos sepulcros prehistóricos fueron todos violados, ninguno excavado científicamente. De ellos se obtuvieron puntas de fle-

chas, vasijas de cerámica, collares de cuentas de piedras (obras que son auténticas joyas del hombre del Bronce), ídolos - placas, hachas, cuchillos de sílex y otros útiles que componían el ajuar del difunto o de los difuntos enterrados en esos monumentos, por cierto colocándolos en cuclillas y rodeándoles de esos ajuares.

Las vasijas van desde el vaso plano de tosca cerámica hasta el vaso pulido de perfil carenado.

Casi todos ellos pertenecen al tipo de sepulcros de cámara poligonal y corredor, característicos de esa Edad del Bronce I.

De esa época se cree que son también las construcciones de falsa cúpula de las que hemos visto ejemplares en Villavieja y en Las Solanas de Mayorga; construcciones que bien pudieran haber sido silos para cereales u hornos de fundición.

Próximo al dolmen gigante llamado el Anta de la Marquesa (cuya situación es dudosa entre los términos vecinos de San Vicente y Valencia de Alcántara) hay una gran roca llamada «El Morrón» (la zona se denomina de «Los Morrónes»), hay otra gran roca que está horadada en su interior (¿erosión? ¿refugio realizado por la mano del hombre?) Las cuevas por el contrario, son escasas y ninguna de ellas conserva pinturas rupestres, lo que es raro si se tiene en cuenta que la población en esa época fue numerosa como ya hemos demostrado. No es de extrañar que explorados bien los campos surgiera alguna cueva con esas muestras pictóricas.

Y llegó la colonización romana, después, para la que tampoco pasó inadvertida esta parcela extremeña, que perteneció a la Lusitania.

Asesinado Viriato, sus hombres («Qui sub Viriatho militaverunt») recibieron tierras en la Lusitania (se trata hoy de probar que fueron las que cedió el Procónsul Décimo Junio Bruto) para explotación agrícola en beneficio de los vencedores romanos.

Así se formaron villas agrícolas de las que se han ido localizando el término sanvicenteño las siguientes: Valle Grande, Villavieja, Asiento de Jarrapo, Mayorga, Piedrabuena, Solana de Mayorga, La Cumbre, Malpaso, La Charca, El Alcorcón..., por ahora, y cerca del término: El Espadañal, La Torre, Albarragena, Fuente Blanca, El Terrón, y alrededores del actual núcleo urbano, incluso el solar que éste ocupa.

En esas zonas se han hallado aras votivas, aras de sacrificio,

capiteles de mármol y de granito, fustes y basamentos de columnas, lápidas sepulcrales, sarcófagos, ladrillos de termas, pesas de telares, vasijas, tégulas, conducciones subterráneas de agua y de a flor de tierra, monedas, cerámica de la tosca de la época hasta la «terra sigillata», mosaicos en pavimento (La Torre), restos de calzadas...

Y todo ello a nivel del suelo. ¿Qué frutos no se obtendrían en unas excavaciones científicas bien programadas?

La iniciativa del Colegio Público de E. G. B. «Ortega Muñoz», de ir constituyendo un Museo Arqueológico Escolar, es además de loable, un paso importante para ir atesorando lo que va apareciendo con el fin de conservarlo y catalogarlo. Al mismo tiempo es enseñanza y estímulo para que el alumnado que sienta inquietudes arqueológicas continúe esa tarea salvadora de reliquias en ese incipiente museo.

Así, de modo tan colectivo, se ha logrado localizar, rescatar y guardar:

Una losa sepulcral hallada en Valle Grande por Alfonso Segura, en Mayo de 1965, que muestra perfectamente legible la siguiente inscripción:

CAMILLVS ARRIVS AIONIS F. CLUNAN LXX. [HIC. S. E. S. T. L. (Camilo Arrio, hijo de Aión Clunan (clunensis) de setenta años, yace aquí. Seáte la tierra leve.)

Un ara votiva de pequeño y bello formato, hallada también por esa fecha en Los Sesmos, próximo al término sanvicenteño, con esta inscripción:

•I. O. M. IVULIA MEGALE ARAM POSUIT A. L.• (Júpiter óptimo, máximo, Julia Megale puso este ara de buena voluntad.)

Un ladrillo de termas, en forma de sector circular, hallado en El Espadañal, limitando con el término.

Capitel de orden jónico en granito, conservado en la pared de una vieja edificación en la calleja de Las Cruces, hallado por Manuel Pámpano.

Varios trozos de fustes de columnas de grandes dimensiones que sirven de asientos en el alto del cerro.

Nutrida y bien conservada colección de vasijas de cerámica que guarda Alfonso Segura, dispuesto a cederlas para exposicio-

nes y para exhibirlas en lo que se pretende sea Museo Escolar en su día.

Lápida conservada en la casa número 22 y 24 de la calle García de Paredes, con inscripción poco legible pero que tiene clara la palabra HERCULES, por lo que sin duda está dedicada a ese dios.

Ara votiva empotrada en la fachada de la casa número 16 de la calle General Varela, con la inscripción: «MONIANVS PELCINE F. MERCURIVS. V. S. L. M., voto hecho al dios Mercurio por Moniano hijo de Pelcinio.

Basamento de columna en granito (40 cms. de diámetro máximo y 19 de diámetro para la columna), hallada en La Cumbre y cedido por Vicente Rodríguez.

Capitel de mármol (129 cms. y 15 cms. de diámetro superior, respectivamente), hallado en el derribo de un edificio.

Sarcófago que sirve de pila en la fragua de Pablo Calleja Pineda, con medidas de 1,90 m. de largo total, 0,30 m. de anchura en pies y 0'50 de anchura en la cabecera.

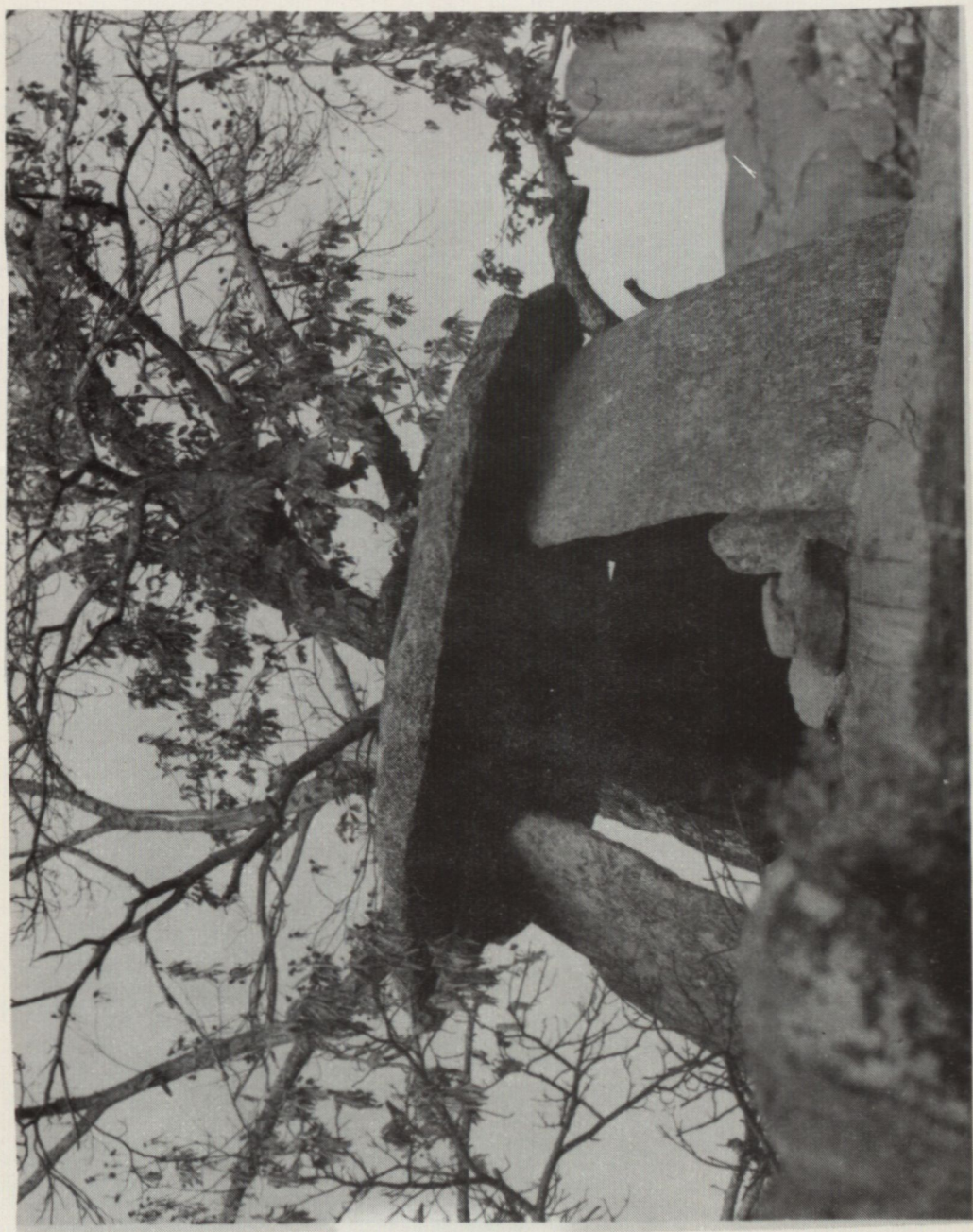
Otro bello capitel de mármol, dórico con medidas de 20 y 15 cms. de altura total, hallado en El Corralón por el niño Angel López Ortega. Basamento de columna de granito con trozo de fuste, incorporado, en una pieza de grandes proporciones (45 cms. de altura total y 10 y 20 de base, hallado en la callega de La Fuente Herrada, por el niño Alejandro Borriño Real.

Otro basamento de columna en granito de 13 cms. de altura y 19 y 23 de bases, hallado en una pared del camino de Balancho al Richoso, por Manuel Pámpano.

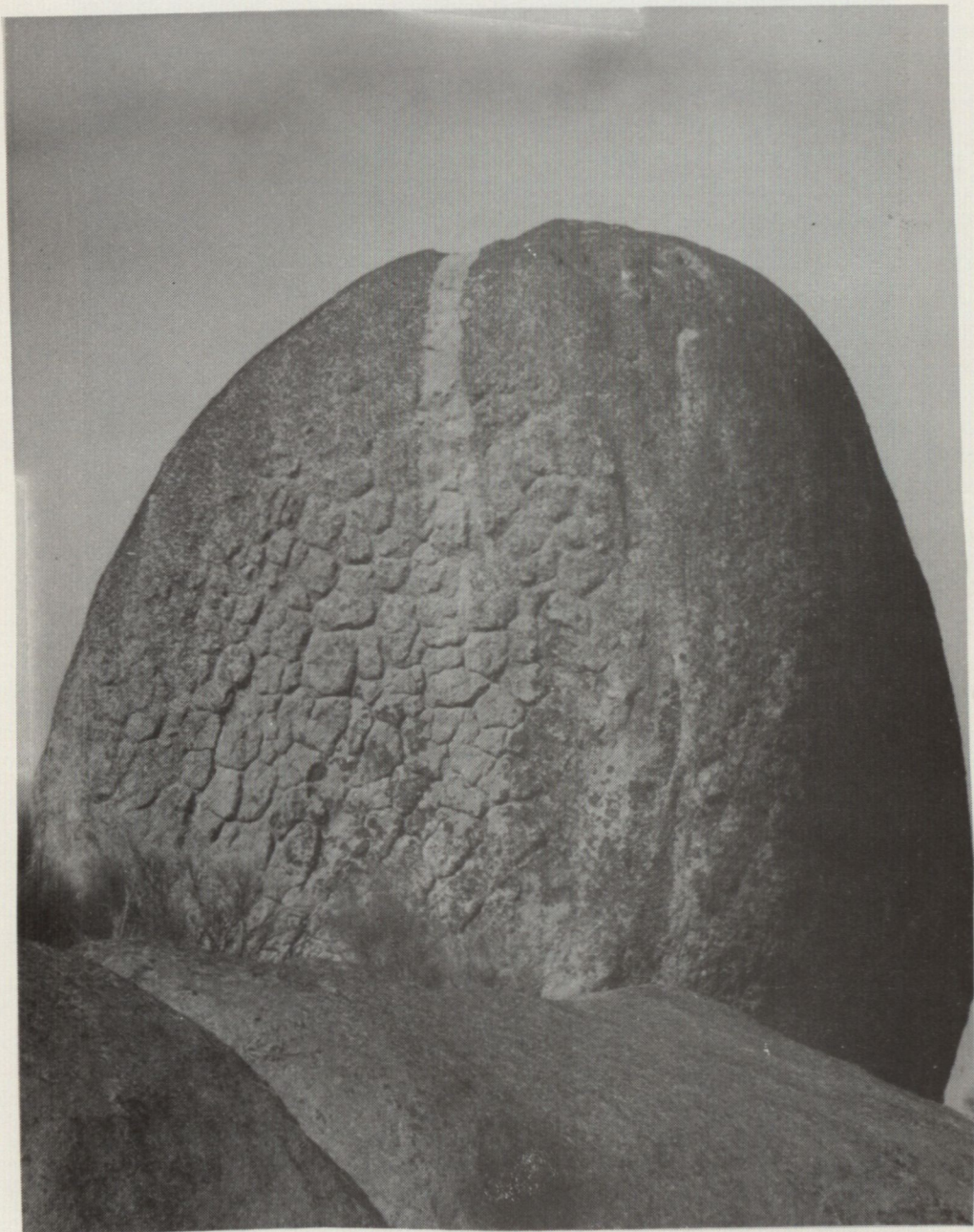
Sarcófago hallado en Valle Grande (Casa de Diego), por Joaquín Pilo. Mide 1'83 de largo total y 44 y 35 cms. de anchuras respectivas. Sirve de pila de desagüe de un pozo.

Trozo de fuste de columna conservado en corral de Francisco Romero Rabazo.

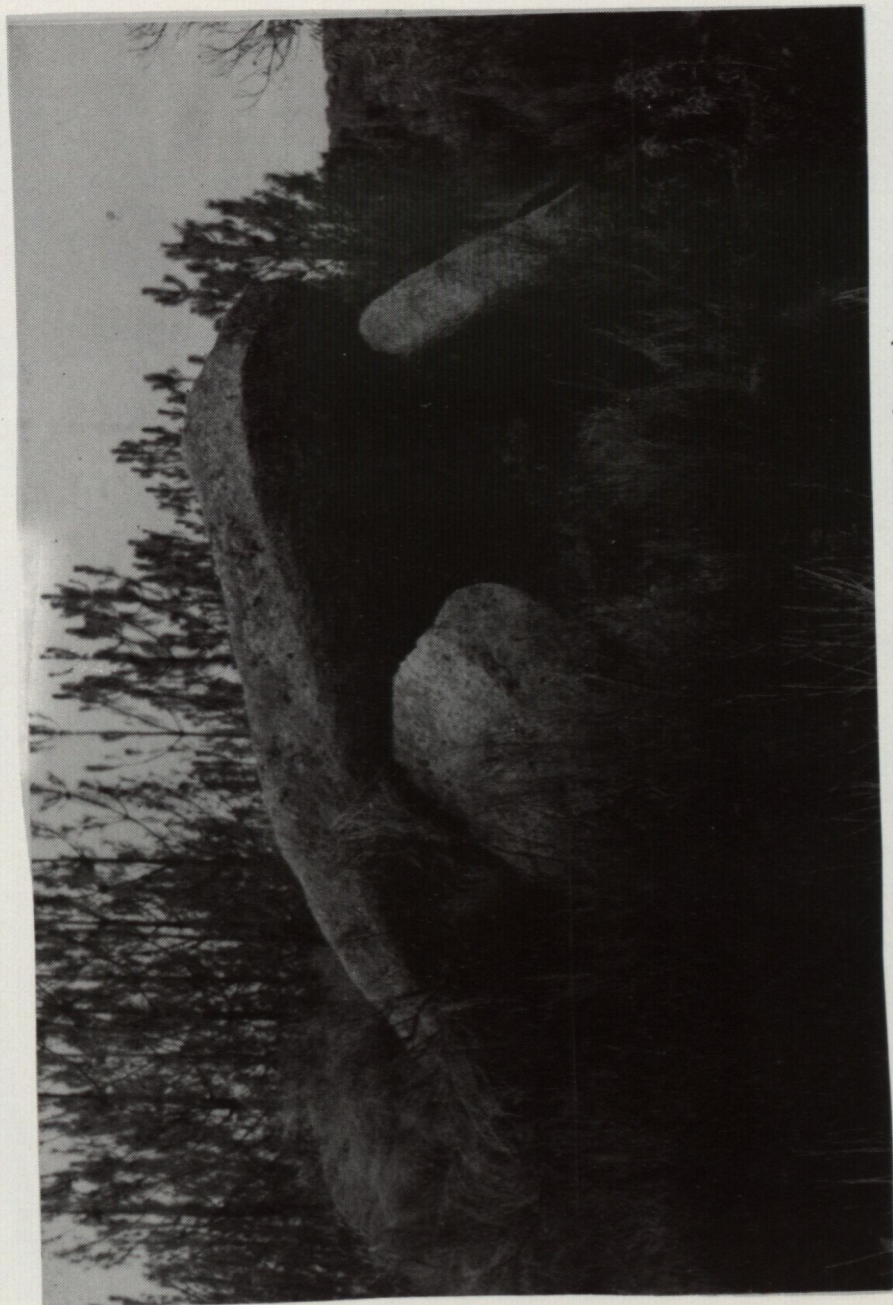
Dos basamentos de columnas, uno de mármol y otro de granito, conservados en el patio de la casa de Joaquín Pilo. El de mármol mide 56 cms. nada menos, de lado de su base cuadrada y 45 cms. de diámetro para la base de la columna; el de granito, con fuste incorporado en una sola pieza, tiene de medidas 41 cms. de



El dólmen gigante denominado «Anta de la Marquesa»; tras él «El Morrón», curiosa roca horadada.



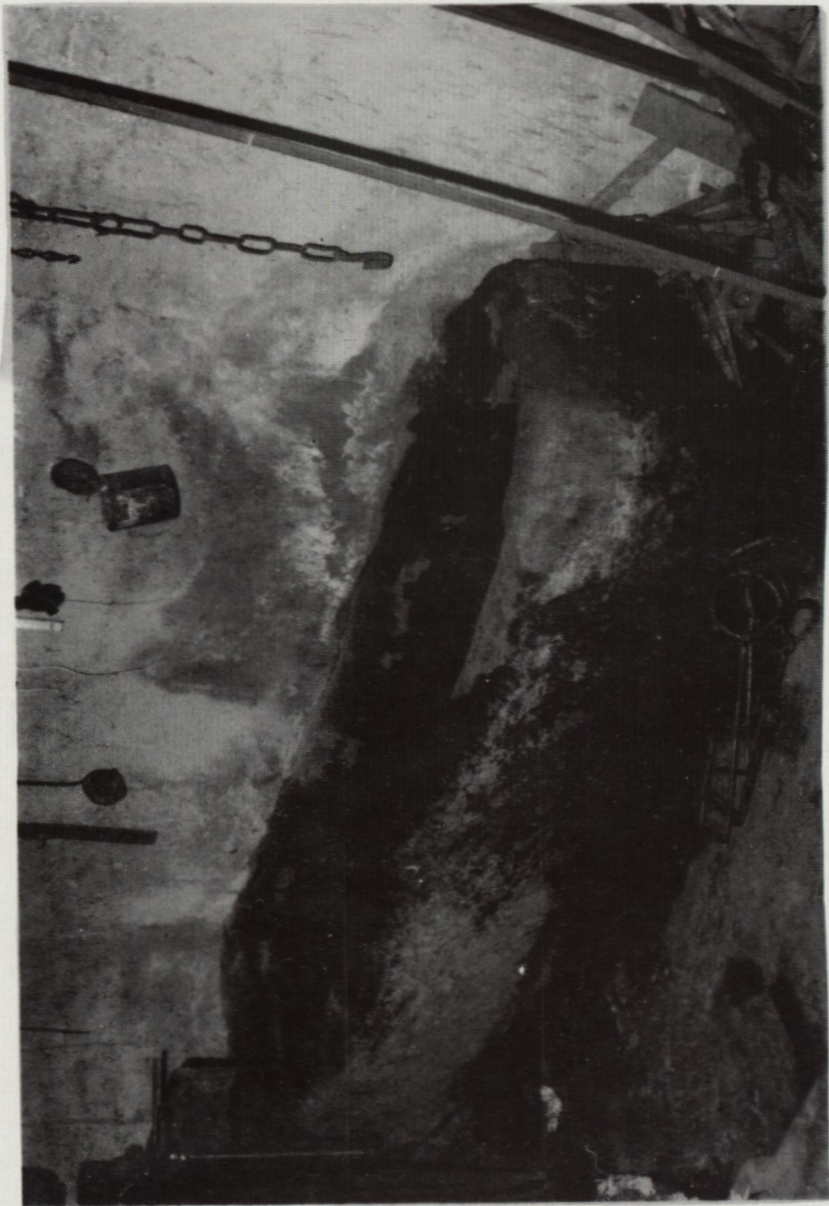
•El Morrón•.



Otro de los dólmenes del término cuya losa superior ha caído.



Dos de las muchas tumbas excavadas en roca; éstas muy juntas entre sí.



Sarcófago romano que sirve de pila en una fragua.



Lápida sepulcral, ara votiva y uno de los basamentos de columnas que se mencionan en este reportaje. Todos de la época romana.

lado de la base, también cuadrada y 35 cms. de diámetro para la columna, y 53 cms. de altura total con el trozo de fuste.

Fragmento de lápida sepulcral biselada, hallada en Valle Grande, por el niño Alejandro Borriño Real. Conserva la parte de inscripción correspondiente: O... -RIF-NILX-T... La O de la primera línea lleva a continuación otra letra poco legible. La R I de la segunda debe ser la terminación del apellido del difunto, por cuanto a continuación aparece la F de Filius (hijo de); la N I de la tercera línea pudiera ser la terminación del apellido o de la saga parterna y a continuación el L X debe ser relativo a la edad del sepultado. La cuarta línea ya no es legible, por fragmentada, pero pudiera referirse al HIC o al «Seáte la tierra leve». Hacemos esta descripción del texto incompleto basándonos en la otra lápida sepulcral ya descrita, que fue hallada también en la misma zona.

Numerosas tumbas excavadas en rocas, para unos de época paleocristiana o tardoromana, que según expertos se excavaban como acto penitencial para luego ser enterrado en ella. Las hay de diversos tamaños y formas; unas son con medidas de hombres, otras para niños, y algunas aparecen juntas como si se tratara de panteón familiar. Las hay con perfectos almohadillados en la cabecera y en los pies y las hay más toscas.

Hay tumbas de esta clase en El Alcornocón, Covachas, Malpaso, Juan Durán y otros lugares del término; en Malpaso hay hasta seis, de bello formato casi todas, y muy cerca de ellas se halló, por Angel Reyes Manso, que por cierto midió y estudió todas ellas, una excavación en roca que no es tumba y tiene características poco comunes en la zona; parece a simple vista como depósito de lagar en pequeño, bien para uva o bien para aceite. Es pieza arqueológica poco conocida.

Este arsenal de restos que es término de San Vicente de Alcántara como se ve por los que se han ido hallando y se verá por los que continúen encontrándose, sobre todo de las épocas romana y prehistórica, merece ser considerado. Los de la colonización de Roma demuestran los orígenes romanos de la actual villa, aunque no fuera reconocida como «aldea o lugar de San Vicente» hasta el año 1.400, más o menos.

Es toda una arqueología virgen, inexplorada aún, poco estudiada y muy interesante para el científico en la materia.

San Vicente de Alcántara posee esa otra riqueza histórica que exige ser divulgada y sobre todo conservada y más exhaustivamente investigada.

EUSTASIO LOPEZ JIMENEZ